

3

Personaje de Relieve



Ferdinando Taddei C.M. Obispo de Jacarezinho (1867-1940)

Lucio Meglio

En todo tiempo, en cada país, y en los diversos contextos socio-políticos, el Señor se complace en elegir y asociar personas a su misión redentora para la salvación del mundo. Algunas se conocen universalmente, otras son desconocidas, sobretodo en sus países de origen. Mons. Ferdinando Taddei pertenece a esta fila de almas elegidas, amar al prójimo, abandonarse a los designios misteriosos de la Divina Providencia, sufrir y predicar el Evangelio en tierras lejanas, esta ha sido su misión llevada a cabo con fidelidad y generosidad en su vida cotidiana de pastor, siguiendo el camino de San Vicente de Paúl, quien fuera para él maestro de vida. De las páginas de esta breve biografía, emerge el carácter y la obra de un hombre de Dios, que en sus más de cincuenta años de profesión religiosa ha sabido dejar, en el corazón de quien lo ha encontrado, un sello indeleble de su bondad. Hacer conocer a Mons. Ferdinando, y en especial tratándose de sus paisanos, constituye un importante ejemplo pedagógico en este tiempo nuestro, marcado por un creciente relativismo que se conjuga con el egocentrismo de la individualidad.

Hasta el momento no se han publicado trabajos que hayan recordado la figura del obispo Taddei. Para escribir la presente biografía se ha acudido a dos fuentes directas: los documentos que están en el Archivo General de la Congregación de la Misión, en Roma¹, y un manuscrito conservado en el Archivo Diocesano de

¹ *Dictionnaire du personnel* (2a parte, 1851-1900), n.2951. El autor agradece la disponibilidad del archivista, p. Agus Heru, c.m.

Sora², firmado por don Angelo Cassoni, en el cual el prelado presenta la figura de su amigo obispo con ocasión de una publicación sobre los Misioneros originarios de la Diócesis de Sora, dicho texto no se publicó.

Ferdinando Taddei nació en Casalattico (Fr) el 9 de febrero de 1867. Hijo de Sebastiano y Colomba Nota, cristianos de una piedad fuera de lo común, los cuales llevaban una honesta y laboriosa vida en el pequeño pueblo del Valle di Comino. Al día siguiente del bautismo, el recién nacido, fue llevado a la iglesia parroquial de San Barbato para recibir el Santo Bautismo. Lo recibiría el párroco del pueblo don Antonio Vitti. De ánimo bueno y dulce carácter, desde pequeño demostró una particular predilección por socorrer todo lo que fuera sufrimiento y miseria. De su niñez se recuerdan muchos episodios de bondad precoz hacia los más pobres, privándose frecuentemente de la comida y del vestuario en favor del prójimo.

Su formación escolar la recibe primero en las escuelas de su país natal y luego en aquellas de Alvito. Terminados los estudios básicos, de acuerdo con sus padres, decidió entrar en el Seminario de Sora para la formación secundaria. Aquí tuvo como profesor de letras a monseñor Domenico Fortuna quien desde el principio alabó su ingenio y el amor por el estudio. Poco a poco y pasando los años, en el ánimo del joven Ferdinando maduró cada vez más la llamada a la vida religiosa. La predisposición para ayudar a los más necesitados lo llevó a acercarse a la Congregación de la Misión, fundada por san Vicente de Paúl, de la cual un primo suyo, Antonio Nota, era sacerdote. Este último lo condujo a París donde, a la edad de 18 años, el día primero de octubre de 1883, Ferdinando entró en el Seminario Interno de la Congregación.



² Archivo de la Diócesis di Sora-Cassino-Aquino-Pontecorvo, Serie C, Vescovi, Sottoserie II, Vescovi extradiocesani, f.14.1.

Antes de partir de Casalattico pasó por Montattico donde un anciano del lugar al verlo, dijo al joven seminarista: *jahora te vas pero si no cumples, no vengas más por estos lados!* Las palabras del buen viejo se imprimieron en la mente y en el corazón de Ferdinando, tanto que llegaron a ser el programa de su vida. Luego de un viaje lleno de peripecias, el nuevo misionero llega al Colegio parisino de la Calle de San Lázaro. Los primeros tiempos no fueron fáciles debido a la desconfianza que los compañeros franceses alimentaban con respecto al apenas llegado “italiano”; pero el joven Taddei no perdió el ánimo, al contrario convirtió la ocasión en motivo para demostrar a todos sus cualidades dedicando sus jornadas sólo al estudio. En tan sólo dos meses aprendió a la perfección la lengua francesa, tanto que los Superiores, admirados, dijeron de él que sería un segundo Tomás, en memoria de su ilustre coterráneo de Aquino. A los seis meses de su llegada recitó en perfecto francés un discurso en honor de la Virgen María que aplacó definitivamente el desprecio inicial de sus compañeros. Mientras tanto pasaban los años hasta que llegó el momento de la profesión solemne que tuvo lugar el 2 de octubre de 1885, ante el Padre General de la Congregación, Rev. Antoine Fiat. Alcanzado el sueño de ser un hijo de san Vicente de Paúl, continuó el tiempo de la formación, especializándose en el estudio de la Summa Teológica del Aquinate. Era asiduo a la oración, recurría continuamente a la ayuda de la Madre Celestial, ante cuya efigie transcurría intensas horas de recogimiento.

Llega el tiempo de abrazar la vida del misionero, en consecuencia el 21 de julio de 1889 Ferdinando, a la edad de 22 años, dejó París para partir a Brasil. Inicialmente estuvo en casa en la ciudad de Bahía, donde fue ordenado sacerdote el 1 de noviembre de 1890 y nombrado rector del Seminario. Desempeñó este encargo durante tres años antes de ser transferido, en 1893, a la Casa de la Misericordia de Rio de Janeiro, donde permanece un par de meses; el año siguiente llegó a la ciudad de Caraça donde desarrolló su actividad misionera y sacerdotal por 18 años. En 1913, después de un breve paréntesis, en la casa San Vincent de Rio de Janeiro,

fue nombrado superior del retiro de Curitiba donde permaneció por más de diez años. En cualquier lugar donde llegase, mostraba una profunda y fuerte piedad sobretodo por los más débiles y necesitados. Predicó misiones al pueblo, ejercicios espirituales al clero y a varios conventos de monjas. Sin embargo estos continuos oficios no lo distrajeron del estudio profundo de las disciplinas sagradas que fueron siempre su pasión. *Los libros son mi ocio*, le gustaba repetir a quien le preguntaba si no pasaba demasiado tiempo encerrado en su estudio. Tal pasión la cultivó hasta los últimos años de su vida pues jamás se cansaba de aprender. Al lado de la actividad de predicador afianzó aquella de escritor produciendo diversos opúsculos de carácter espiritual. Hablaba fluidamente tres lenguas: español, francés y latín. El amor por la cultura lo impulsó a conocer y frecuentar muchos personajes del mundo intelectual brasileño quienes le manifestaron una profunda amistad y estima. En Italia fue muy amigo del monje casinense, Luigi Tosti, y cuando, en 1903 regresó a la patria, fue inmediatamente a visitarlo a Montecassino donde el erudito benedictino quiso donarle una copia de todas sus obras.

Se mantenía informado de todos los acontecimientos tanto políticos como sociales que acaecían en todas las partes del mundo, especialmente en Italia. Leía muchísimo los diarios de Brasil y cuando encontraba en ellos ataques a la religión católica, inmediatamente tomaba papel y lápiz para responder en defensa de aquella, que para él era la madre de todas las virtudes. De ingenio siempre vivo y de palabra elocuente y segura, estaba siempre listo para enfrentar a sus rivales. Sus cohermanos misioneros comenzaron a llamarlo la campanilla electrónica ya que apenas se le sugería un asunto, inmediatamente respondía. Su vasta erudición y su celo misionero, lo hicieron notable ante los ojos de personajes ilustres de su tiempo; entre estos el obispo de Curitiba mons. José de Camargo Barros quien lo tuvo en gran estima desde el principio, a tal punto de querer hacerlo rector del Seminario Diocesano. La figura docta y erudita del celoso don Ferdinando es descrita en el periódico Sao Vicente, donde

un animado escritor nos presenta la figura del misionero italiano, de cuya historia sacamos otros detalles de su vida: *“Lo vi por primera vez en 1894 en el Colegio de Caraça; venía de la Santa Casa de la Misericordia de Rio, donde era capellán, para enseñar en el célebre Colegio. Algunos años más tarde lo vi de nuevo en Petrópolis, donde pasaba algunos días de descanso. En 1915 fui a buscarlo a Curitiba donde dirigía aquel Seminario, remplazando al Superior que había partido para la guerra. Tres años después, perdida la esperanza del regreso del Superior, se le confió definitivamente la dirección del instituto”*.

La Casa de Curitiba, por los escasos recursos vivía muy pobremente. El Padre Procurador debía ir cada fin del mes al Palacio Episcopal a mendigar el sustento para el Seminario, porque casi ninguno de los estudiantes pagaba la pensión y aquellos que podían pagarla, con excusas, se eximían de hacerlo. Casa paupérrima, pocos alumnos y casi todos tenidos gratuitamente, ¿resultado? ningún confort. Al contrario, muchas incomodidades. El nuevo Superior no admitía este estado de cosas. Hablaba, echando de menos los años felices pasados en Caraça y las misiones que había hecho en compañía del gran misionero don Lacoste. Había sentido inmensamente la separación de Río, donde por algún tiempo, había estado encargado de la Capellanía de la Inmaculada Concepción.

El carácter dinámico del P. Ferdinando no se quedó impasible ante esta problemática, así que tomó la resolución de hablar con el obispo de Paraná, Mons. Giovanni Braga, para proponerle la fundación de un colegio diocesano; el obispo aprobó con entusiasmo la idea. En 1925 el presidente del Estado de Paraná, Caetano Munhoz da Rocha, decidió promover una reforma educativa para los colegios, confiándole la tarea a los Misioneros de San Vicente de Paúl. Conocida la fama del padre Ferdinando, el presidente quiso conocerlo y después de un provechoso diálogo en la presencia del obispo Braga, convencido de sus capacidades pedagógicas, le encargó este importante proyecto. Obtenido además del permiso

del Vicario Apostólico, el del Ministerio de la Educación, fue difundido el decreto presidencial con el que se hacía efectivo el nombramiento de los profesores y los reglamentos del incipiente colegio. Taddei estuvo radiante. La nueva Institución escolástica contribuyó a transformar la fisonomía religiosa de la capital de Paraná, todo gracias al mérito del trabajo del misionero proveniente del Valle di Comino. Durante treinta años el P. Taddei enseñó en este Instituto, dedicándose sin reposo a la educación de la juventud tan necesitada de formación cristiana. Sus alumnos no olvidaron nunca las enseñanzas de su maestro a quien dieron el apelativo *de nuestro padre inteligente y sabio*. Estos largos años de enseñanza son más que suficientes para esbozar la figura de un misionero iluminado, de un educador experto que instruyó tantos alumnos que en el curso del tiempo ocuparon los más altos y codiciados encargos del Estado Brasileño. Los sudores y las fatigas ligadas al campo educativo lo han hecho, meritoriamente, uno de los personajes beneméritos de la religión católica en Brasil y un orgullo de la patria adoptiva.



En el culmen de su plena madurez científica y literaria, de repente al P. Taddei se le abrió el surco de una nueva experiencia laboral. Durante una ausencia suya, el secretario de la Nunciatura Apostólica al visitar la comunidad de los misioneros de san Vicente de Paúl, examinó con atención la biblioteca privada de don Ferdinando. Al salir afirmó admirado: el artista se aprecia por su equipamiento. El P. Taddei tiene una familiaridad con los más grandes santos y doctores de la

Iglesia, por lo tanto está fuera de duda que también él es un santo y docto religioso. El motivo de esta visita fue revelado a inicios de 1927 cuando, ante la puerta del Seminario de Paraná, se presentó

un enviado diplomático para entregar una carta al P. Taddei. El contenido dejó sin aliento al sacerdote que con los ojos inflamados en lágrimas comunicó a sus cohermanos que había sido nombrado primer obispo de la diócesis de Jacarezinho. La diócesis fue erigida el 10 de mayo de 1926 mediante la bula **Quum in dies numerus** del papa Pio XI, sacándola del territorio de la diócesis de Curitiba, que contemporáneamente fue elevada al rango de Arquidiócesis metropolitana.



Curitiba (Brasil). El obispo José de Camargo Barros posa con un grupo de misioneros italianos. A su derecha con un libro en la mano el P. Ferdinando Taddei.

El P. Ferdinando aceptó con profunda humildad el encargo a condición de no tener que renunciar a la ciudadanía italiana, la cual tenía en alta estima. Acogida excepcionalmente la petición, el 29 de junio de 1927 en la Catedral de Río Janeiro, en presencia de senadores, diputados, amigos y de sacerdotes provenientes de todas partes del Brasil, en aquella iglesia donde varias veces resonó su voz, el P. Ferdinando Taddei fue elevado a la dignidad episcopal. La solemne ceremonia quedó impresa en la mente del nuevo obispo el cual hizo suyas las palabras del Apóstol Pablo: *el obispo sea irreprehensible, sobrio, prudente, casto, hospitalario, modesto, desinteresado, y que además sea ejemplo para su grey en las palabras, en la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad.* Con tales sentimientos hizo su ingreso a la Diócesis de Jacarezinho. Fue un verdadero y propio triunfo, precedido como estaba de aquella fama que supo ganarse durante los largos años de actividad misionera y educativa como prefecto y celoso misionero hijo de san Vicente de Paúl. No lo esperaba una gran residencia episcopal, no

había todavía una sede para la Curia o Casa Episcopal, pero a él no le preocupó; su única preocupación fue aquella de trabajar como sabía hacerlo, en una Diócesis nueva y pobre, organizándola sabiamente a costa de tener que hacer él mismo los menesteres más humildes. Para comenzar afrontó las más profundas heridas existentes en la vasta Diócesis que le había sido confiada, examinando las causas y encontrando los remedios precisos con la publicación de doctas cartas pastorales, particularmente aquellas contra el protestantismo y el espiritismo, todavía muy difundido en aquellos lugares. Fundó un colegio femenino confiándose a las Hijas de la Caridad. Siempre al corriente de los acontecimientos, suprimía vigorosamente, con la palabra y con los escritos en los periódicos, cualquier tentativa de ataque contra la religión católica, especialmente cuando Brasil fue asediado por las corrientes comunistas que parecía que deberían dividir políticamente el país. Se hizo propagador de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a la pequeña flor del Carmelo. Su intensa actividad apostólica no pasó desapercibida en los ambientes romanos de la Santa Sede. El Nuncio Apostólico en Brasil, cardenal Benedetto Aloisi Masella, lo tenía en grande estima. Hablando de él en Pontecorvo, lo definió como uno de los más doctos e incansables obispos de Brasil.

En 1936, Mons. Taddei partió para Italia; se había marchado de allí, hacía cincuenta y tres años antes, como simple novicio y regresó como obispo. Llegó a Sora donde fue hospedado en la habitación de don Angelo Cassoni. Fue acogido con gozo por el obispo de la ciudad Mons. Agostino Mancinelli quien lo tuvo en gran estima. Después de un breve reposo en la ciudad fluvial fue a Roma donde estrechó íntimas relaciones de amistad con



el carmelita P. Edmondo Maria Fusciardi, apreciado arqueólogo, a quien abrió toda su alma acerca de tantos proyectos de estudios teológicos y pastorales que deseaba llevar a término. Con él se fue primero a Turín, al Instituto Cotelengo, y luego a Francia, donde retornó al Instituto Internacional de Formación san Vicente de Paúl de París. Viajar con él, decía el P. Edmondo, *era la cosa más instructiva y divertida*. Se interesaba por todo y en todo encontraba siempre la manera de insinuar sentimientos de piedad y de fe. Llegado a París fue amorosamente acogido por sus cohermanos. Allí gustaba tomar parte de los actos de la Comunidad, deleitándose de ver en acción la observancia regular; cada día invitaba al refectorio dos pobres que hacía sentar a su lado. Visitó Lisieux donde tuvo la fortuna de poder hablar con la hermana de santa Teresa del Niño Jesús, a quien expuso en perfecto francés la obra de la pequeña Flor del Carmelo que había realizado en Brasil.

Una vez en Roma fue recibido en audiencia privada por el Santo Padre Pio XII que le impartió una especial bendición apostólica. El obispo permaneció profundamente tocado, tanto que llegó a afirmar: *¡incluso si muero ahora, estoy feliz!* Terminado el período de reposo y viaje en Europa, en noviembre de 1936, Mons. Taddei regresó a Brasil acogido triunfalmente por su grey que lo esperaba impaciente. Pero la edad avanzaba y junto a ella llegaron los primeros síntomas de aquel mal que día tras día iba mermando las fuerzas al infatigable misionero el cual, poco a poco, debió disminuir sus compromisos públicos. Transcurridos cuatro años de enfermedad, el 9 de febrero de 1940, mons. Ferdinando Taddei a la edad de 73 años de los cuales 55 de profesión voló al cielo hacia los brazos del Padre. Su muerte fue llorada por todos. Ante la noticia del deceso, el presidente Munhoz da Rocha afirmó públicamente que *Brasil, y en especial el Estado de Paraná, perdía un gran hombre y un infatigable obispo*.

Humilde, amante de la observancia regular, siempre cercano a los necesitados, no obstante su aspecto hosco en apariencia, se entusiasmaba por cada bella y santa oportunidad de hacer el bien. No obstante que era un tipo introvertido, fruto de su pasión por el estudio y las letras, tenía un corazón enorme, siempre abierto a ayudar al prójimo. Sacerdote iluminado, misionero celoso, experto

educador, pastor solícito de las necesidades materiales y espirituales de sus ovejas; tenía el espíritu de su santo fundador que veía a Dios en las criaturas y encontraba a Jesús en los pobres. Esculpió en su alma las palabras: *tibi derelictus est pauper* y en lo profundo de su corazón daba gracias al Señor que había puesto sobre sus labios la Palabra divina, que se había apoderado de su vida, sacándolo de su amada patria chica, Casalattico, para hacer de él el defensor de los marginados esparcidos por el mundo.

Terminamos su biografía con la historia de aquello que sucede en su muerte, narrada por sor Caterina del colegio de Jacarezinho, en una carta enviada a la Madre General de la Compañía: *«Me pedís escribir sobre la muerte y los funerales de nuestro muy bueno y Santo Obispo, pero además de no saber hacerlo, me hallo sin ideas, siento un gran abatimiento, un vacío dentro de mí que no comprendo. En la mañana, después de una inyección, él preguntó quién estaba de cocina. Habiendo sabido que era sor Filomena dijo, bien, hoy puedo ir a Misa. Fue y regresó bien, hablando con nosotras de sus proyectos; pidió el automóvil para ir a visitar los trabajos del palacio. A las 5:30 de la tarde pidió una pequeña refacción, mientras tanto entró su médico acompañado por el Secretario y lo encontraron bañado de sudor. Pidió un sacerdote y no habló más. Había entrado en agonía. Sin haberse puesto de acuerdo estuvieron presentes varios sacerdotes, se habían tomado la habitación 14 sacerdotes y una corona de 13 Hijas de la Caridad que oraban ininterrumpidamente mientras que los Sacerdotes le daban la absolución; la agonía duró una media hora y el conservó el conocimiento hasta el último momento. Expiró sin una contracción, como una vela que se extingue. Su fisionomía permaneció calma y serena como si se hubiera adormecido. En la noche, se aplicaron al cadáver los procedimientos para conservarlo y luego se comenzó la velación.*

El cuerpo fue llevado a nuestra capilla permaneciendo expuesto hasta el día 11. Durante estos dos días hubo una verdadera peregrinación; ricos y pobres, hombres, mujeres y niños se alternaban y se confundían junto al cadáver, el desfile fue continuo porque toda la ciudad quiso rendir el último homenaje al difunto

Obispo. La radio calló, el comercio se paralizó, los cinemas permanecieron cerrados en señal de duelo. Vinieron a visitar el cadáver los cohermanos Mons. Santos, obispo de Osis, y Mons. Mazzaroto, obispo de Punta Grossa, quienes fueron alumnos de Mons. Taddei. La Misa y el sufragio fúnebre se desarrollaron de acuerdo al ceremonial litúrgico; estuvieron presentes muchos sacerdotes los cuales cantaron maravillosamente el funeral. Todo el conjunto, aunque doloroso, tenía el aspecto de un triunfo, de una apoteosis. El libro para las firmas, puesto al ingreso de la Capilla, registró 1700 nombres, además de aquellos que no firmaron, y el gran número de pobres y analfabetas. Mons. Belchiorre de Cambará pronunció una bellísima oración fúnebre, exaltando con palabras llenas de gratitud y admiración, todo aquello que Paraná debía al llorado Obispo. Antes de meter el cuerpo en la tumba, el pueblo pidió que fuese portado en cortejo por las calles de la ciudad. Fue un espectáculo conmovedor. Antes de volver a entrar en la capilla, el señor Prefecto pronunció un bello discurso como expresión de la gratitud del pueblo. El señor Prefecto y las otras autoridades se dirigieron al Presidente de la República para poderlo sepultar definitivamente en la Capilla, en el sepulcro que él mismo, dos años antes, había hecho construir. Mons. Taddei, el primero de noviembre, habría cumplido los cincuenta años de sacerdocio, los festejó en el Cielo. Algún día antes que muriera, yo había ido a visitar la familia de una alumna nuestra de la escuela gratuita, su padre me dijo: Hermana, Mons. Taddei tendrá un hermoso lugar en el Cielo cuando muera, porque ha sido un Obispo que se ha ocupado de la miseria de este lugar; antes que él viniera aquí, nadie se preocupaba de los pobres. Hoy tenemos el Hospital para los que estamos enfermos, el dispensario que necesitamos, las visitas a nuestras casas, las escuelas para nuestros hijos, y todo gratuitamente. Y el pobre hombre tenía lágrimas en los ojos mientras decía estas palabras. Otro pobre, mientras, el cortejo fúnebre pasaba por las calles de la ciudad dijo: durante tres años, Mons. Obispo me ha ayudado con dinero y otras cosas, ¡es el hombre más bueno que yo haya conocido en mi vida! ¡Y de la misma manera, son muchos los que recuerdan los beneficios recibidos!».